

# Difíciles perspectivas para 1979

E.  
MIRET  
MAGDA  
LENA

**L**OS creyentes españoles hemos cambiado; pero no suficientemente. El peso del reaccionarismo religioso que se manifestó a principios del siglo XIX y, sobre todo, la pesada losa nacional-católica que propició el franquismo recientemente, han dejado su fuerte huella en nosotros, y no es fácil que nos deshagamos de ella.

En particular, el franquismo forjó un hombre español "inmediatista" del cual todavía somos herederos. Es éste un tipo de ciudadano sin lejanas perspectivas y cuyos móviles son el afán inmediato de poseer sin atender a ningún tipo de selección en este anhelo infantil. Hemos entrado, gracias a esta política reciente, en el círculo vicioso de la cantidad por la cantidad, del cambiar por cambiar, del tener por tener, llegando incluso a gastar más de lo que poseemos. Todos los medios de comunicación social contribuyeron a ello, y todavía siguen contribuyendo porque el franquismo no ha desaparecido de nuestras estructuras. Hablar de una política de "austeridad", como la programada en Italia por Berlinguer, suena aquí a la fraseología vacía que se forjó en los tiempos del falangismo franquista que, por ser poco, ni siquiera llegó a ser el tan discutible de José Antonio.

Nuestra espiritualidad, la del nacional-catolicismo, se acomodó fácilmente a esta vaciedad y propugnaba el egoísmo material en esta vida uniéndolo con la salvación religiosa en la otra, tan claramente caricaturizada en el libro reciente de Perich.

Pero en estos días tenemos un nuevo marco para poder cambiar de verdad los españoles. Poseemos una nueva Constitución democrática, avalada suficientemente por el pueblo. Y en nuestras manos está darnos cuenta del cometido que nos queda, lo mismo a los ciudadanos en cuanto tales que a los creyentes en cuanto creyentes.

Lo primero que tenemos que hacer es poner las cosas en su sitio, superando la confusión que, desde hace por lo menos doscientos años, se ha ido forjando en España. La política no sabía estar en su sitio, ni la religión tampoco. Parecía enteramente que sus campos tenían que mezclarse, y que nuestro catolicismo oficial tenía que ser el líder de nuestros regímenes políticos a través de sumisos gobernantes o, por lo menos, de complacientes políticos que llenasen a la Iglesia católica de ventajas para salirse ellos también con la suya. El síntoma más claro fue la consonancia entre nuestros obispos y nuestros ministros. Como se vio en el franquismo, y todavía perdura hasta el momento actual.

Esa es la razón también por la que nosotros no somos un pueblo cristiano, sino cuando más un país de fachada religiosa espectacular y, sobre todo, engañosa. La prueba está en que al empezar a caer las bambalinas hábilmente mantenidas por el franquismo, empezamos a descubrir que dentro no había nada o casi nada. La religión vital, convencida y operante brillaba por su ausencia, porque siempre había sido sustituida por las banderas, los estandartes, los grandes carteles, las manifestaciones o —en plano más popular— las romerías.

Ahora tenemos que hacer un análisis despiadado de la situación y preparar una perspectiva consciente sin eufemismos ni supercherías engañosas. Y debemos hacerlo con urgencia, porque la religión suministrada, lo mismo por el integrismo conservador que por gran parte del progresismo renovador, es una religión demasiado superficial que se nos escapa de las manos.

De cara a 1979 no podemos sustituir, como hemos hecho últimamente, la religión por un tecnicismo más o menos superficial, ni por métodos copiados del mundo profano. Nos aburren, y a veces nos repelen, esas misas macarrónicas, sin categoría ni humana ni artística, inventadas después del Concilio para sustituir a las anacrónicas recitadas en latín. Ni estamos de acuerdo con esa moral sin nervio, puramente permisiva, con la que hemos sustituido a los infantiles castigos infernales si no cumplíamos aquella disciplina represiva, sobre todo en lo sexual, de años atrás. Si la figura de Jesús, el fundador del cristianismo, no aporta algo "sui generis", si la religión se identifica hoy con lo social como ayer se igualó con la evasión de toda responsabilidad humana, entonces la religión no puede interesar a nadie que piense, que sienta o que quiera hacer algo en la vida que sea profundo y nuevo. Y ese es el dilema en el que nos encontramos los católicos españoles actualmente. No sabemos bien qué es lo específico de nuestra propia religión, cuál es el sentido de nuestras enseñanzas básicas y, a veces, tampoco reconocemos claramente cuáles sean estas doctrinas esenciales.

De ahí que resulten necesarias dos cosas: la clarificación despiadada de nuestra propia realidad, sin ocultárnosla con paños calientes, y el descubrimiento, en la entraña de un Evangelio vivido, de un ideal de fondo para todas nuestras vidas. Si no hacemos esto lo mejor sería abandonar, tirar por la borda ese cúmulo de cosas inservibles en que ha consistido últimamente gran parte de nuestra religión.

El creyente, si todavía lo es de verdad,

si existe en él una llama viva, aunque no sepa expresarla bien, tiene para 1979 un gran cometido: reconsiderar la figura principal del cristianismo, la del fundador Jesús, y empezar a comprender que se parece muy poco a este tipo de cristiano brillante, triunfalista y demasiadas veces delcuescente al que estamos acostumbrándonos. Al que corresponde a esta época de las palmaditas en el hombro, inventadas por un ecumenismo de pacotilla lo mismo con otras religiones que con los movimientos sociales como el marxismo. Yo estoy convencido de que existe un ecumenismo profundo, un posible entendimiento a fondo con toda corriente humana que sea también profunda, porque cuando se ahonda en todas las realidades se encuentra un elemento común. Pero de ahí a fomentar la época de los "amiguetes", como la denominó el inteligente marxista Henri Lefebvre cuando hace pocos años contemplaba con ironía los abrazos que se daban el dominico padre Jolify el ateo concesivo Roger Garaudy al comenzar el diálogo cristiano-marxista, hoy superado por muchos a causa de su superficialidad.

La figura del personaje central del Evangelio fue la de un hombre incomprendido, pero nunca olvidado. La de una persona discutida, pero nunca consensuada; la de un promotor de vitalidad, y no la de un bonachón paternalista. Y eso es lo que tenemos que comparar al poner frente a frente su actitud y la nuestra. Cuando él predicaba la paz, era la que proviene de la justicia y de la libertad, pero no la de un orden a ultranza ni la de una pasividad delcuescente. Y, sin embargo, parece que los cristianos en nuestro suelo no hemos sido nada más que o unos agresivos con el insulto en la boca y el palo en la mano, o unos pobres bonachones tímidos y sin nervio, dispuestos a tragarlo todo por nada.

Para 1979 hemos de clarificar los católicos si tenemos un ideal religioso que pueda servir a los hombres como motor de sus vidas, porque si no sabemos hacer esto, cada vez vamos a contar menos entre los hombres inteligentes y entre las personas que llevan algo dentro de sí. ■